

—¿Entonces?...

—Lo que me pedís es imposible...

—¡Ah!

—¡No puedo llevaros á Pretoria!... ¡Qué dirían los jefes!... ¡Pero me viene una idea!... Podemos arreglar las cosas...

—Veamos...

—Os permitiré montar en el tren, pero no iréis hasta Pretoria...

—Ya comprendo.

—El tren pasa por Middelburg á toda velocidad, pero algunas millas antes de llegar á Pretoria, daré orden de disminuirla y os aprovecháis, para saltar á la vía y ganar á pie el camino que os queda hasta la capital.

—Está entendido, capitán. Ya lo dije: sois un hombre precavido, y además un hombre de energías...

—Hace tiempo que se me ha dicho esto; señor Clipsom.

XI

El transporte de los diamantes y del prisionero se verificó poco después conforme el señor Agustín William lo había dicho.

La escolta se puso en marcha hacia las ocho de la noche; las tinieblas eran densas y el policía se aprovechó de esta circunstancia.

El capitán le había puesto al corriente del episodio de la maleta examinada con tanto interés por el titulado Harry Smith.

No se acordaba, que bajo este nombre el vizconde se había presentado, cuando la víspera, vino en compañía de los hermanos Blackbaern y ofreció al señor Agustín cambiarse la quinta Saudman por la mansión de Bridge.

Este incidente y las noticias dadas benevolmente por el capitán de lo que había ocurrido entre él y los exploradores de minas explicaban muchas cosas.

El honorable Simpson sacaba en consecuencia que el vizconde podía muy bien haber descubierto la mecha, es decir, que se hubiera fijado en el objeto de las metamorfosis del clérigo, de mozo de la quinta y de correspondiente.

—¡Qué idea le había dado al abandonar la maleta en casa de Saudman!

Simpson era muy práctico para perder el tiempo en cosas inútiles.

Pensaba que habiendo sido descubierto por su Biblia, sus anteojos azules y sus aceites, importaba ante todo evitar que el vizconde pudiera vengarse denunciando al falso periodista.

No que el policía temiera al bandido; él podría á su vez contar bellas cosas sobre los procedimientos del señor de Blaisosi, cuya situación era muy poco envidiable; pero, ante todo, quería tener la confianza de aquel excelente Bolton cuyo éxito comenzaba á empañarse.

Simpson sabía, pues, con gran contento, que el oficial había esperado á la noche para proceder á la marcha.

Vestido con un fuerte macferlán había se colocado á sus costados en frente de la columna.

Detrás de ellos, iba el saco de diamantes sólidamente atado á la silla de un caballo que un dragón sujetaba por la brida.

El mayor número de soldados iba escoltando al prisionero.

En estas condiciones, y gracias á la obscuridad, Simpson había puesto mucho cuidado en no ser visto por el vizconde.

A la estación de Ludwiaslut llegaron poco antes de las doce.

El tren estaba bajo presión.

Componíase de una locomotora y de dos vagones blindados.

El señor de Blaisois y diez soldados tomaron asiento en el primero.

El capitán con el saco de los diamantes